

La madrugada de la condesa Dubarry

Ahora, permitánnos nuestros lectores dejar á la señorita Chon y al vizconde Juan corriendo la posta por el camino de Chalons, y que los introduzcamos en la casa de otra persona de la misma familia.

En el aposento de Versalles que habia habitado madama Adelaida, hija de Luis XV, habia instalado este príncipe hacia cosa de un año á su manceba la condesa Dubarry, no sin observar antes largo tiempo el efecto que produciria en la corte ese golpe de Estado.

La favorita, con su despreocupación, sus modales libres, su carácter jovial, su inagotable atractivo, sus ruidosos caprichos, habia transformado el bullicioso palacio en un mundo turbulento en que cada habitante sólo era tolerado á condición de moverse mucho y con la mayor jovialidad.

En aquel aposento, sin duda reducido á medirlo por el poder de la que lo ocupaba, salia á cada instante la orden de una función ó la señal de una partida de placer.

Pero lo que más extraño parecia en las magnificas escaleras de aquella parte del palacio, era la increíble afluencia de visitantes, quienes desde la mañana, es decir, á eso de las nueve, subian muy ataviados y relumbrantes, para instalarse humildemente en una

antesala llena de curiosidades menos curiosas que el idolo que los escogidos estaban llamados á adorar en su santuario.

El día siguiente al en que pasó en la casa de postas del pueblecillo de La Chaussée la escena que hemos referido, á eso de las nueve de la mañana, es decir, á la hora consagrada, Juana de Vaubernier, envuelta en un peinador de muselina bordada, que dejaba adivinar bajo el rico encaje sus contorneadas piernas y sus brazos de alabastro, Juana de Vaubernier, que después fué señorita Lange, y en fin condesa Dubarry, por la gracia del señor Juan Dubarry su antiguo protector, salia de la cama, no diremos semejante á una Venus, sino, de seguro, más bella que una Venus para todo hombre que prefiera la verdad á la ficción.

Cabello de un rubio castaño admirablemente rizado, una piel de raso blanco con vetas azules, ojos lánguidos y penetrantes á la vez, boca chiquita, granate, dibujada al pincel, con el más puro carmín, y que cuando se abria dejaba ver una doble hilera de perlas, hoyuelos por todas partes, en las mejillas, en la barba, en los dedos; una garganta modelada por la de la de Venus de Milo; una flexibilidad de culebra, con una gordura exactamente proporcionada, he ahí lo que madama Dubarry se preparaba á dejar ver á los elegidos de su madrugada; he ahí lo que S. M. Luis XV, el elegido de la noche, no dejaba por eso de ir á contemplar por la mañana, como los otros, aprovechando el proverbio que aconseja á los viejos el no desperdiciar las miajas que caen de la mesa de la vida.

Hacia ya tiempo que no dormia la favorita. Á las ocho, habia tirado ya de la campanilla, para que permitiesen al día, su primer cortesano, el entrar en su retrete; poco á poco, á través de tupidas cortinas pri-

mero, y en seguida de las más ligeras, había sido introducido el sol, radiante aquel día, y, recordando sus dichas mitológicas, había venido á acariciar á aquella hermosa ninfa que, en lugar de huir como Dafnae del amor de los dioses, se humanizaba hasta el punto de salir al encuentro del amor de los mortales. Ya no había, pues, hinchazón ni pereza en sus ojos, brillantes como carbunclos, que interrogaban risueños un pequeño espejo de mano, con un marco de oro engastado de perlas; y aquel flexible cuerpo, de que hemos tratado de dar una idea, se había dejado deslizar del lecho en que había reposado, en que había sido mecido por los más dulces sueños, hasta el tapiz de armiño en que unos pies que hubieran hecho honor á Cendrillon, habían hallado dos manos con dos babuchas, de las cuales bastaría una sola para enriquecer á un leñador del bosque natal de Juana, si ese leñador la hubiese encontrado.

Mientras se levantaba la seductora estatua, adquiriendo de cada vez más vida, echábanle sobre los hombros un magnífico sobretodo de encaje de Malines; luego metían sus delicados pies, sacados un instante de sus babuchas, en unas medias de seda de color rosa y de un tejido tan delicado que no se distinguían de la piel que acababan de cubrir.

— ¿No hay ninguna noticia de Chon? preguntó desde luego á su camarista.

— No, señora, respondió ésta.

— ¿Ni del vizconde Juan?

— Tampoco.

— ¿Se sabe si Bischi las ha recibido?

— Han ido esta mañana á casa de la hermana de la señora condesa.

— ¿Y no hay cartas?

— No, señora.

— ¿Qué pesado es esperar así! dijo la condesa con un gesto hechicero. ¿No se inventará nunca el medio de recibir la correspondencia en un minuto á cien leguas de distancia! ¿Compadezco á los que esta mañana me caigan bajo la mano! ¿Tengo una antesala medianamente provista?

— ¿Y me pregunta eso la señora condesa!

— ¿Por qué no? Escuche usted, Dorea, dijo la condesa acercándose, no sería nada extraño que me dejasen por este sol. Yo no soy más que una pobre estrella. ¿Quiénes están? Veamos.

— El señor de Aiguillon, el señor príncipe de Soubise, el señor de Sartines, el señor presidente Maupeou.

— ¿Y el duque de Richelieu?

— Aun no se ha presentado.

— ¿Ni hoy ni ayer! ¿Cuando yo se lo decía á usted, Dorea! Teme comprometerse. Envíe usted mi correo al hotel de Hanover á saber si el duque está enfermo.

— Bien está, señora condesa. ¿La señora condesa quiere recibir á todas las personas á la vez, ó dar audiencia particular?

— Audiencia particular. Tengo que hablar al señor de Sartines; mande usted decirle que entre.

Apenas la camarista de la condesa había transmitido la orden á un gran paje que se paseaba por un corredor que daba de la antesala al aposento de la condesa, cuando se presentó el subdelegado de policía en traje negro, moderando la severidad de sus ojos pardos, y la dureza de sus delgados labios, con una sonrisa del más grato agüero.

— Buenos días, enemigo mio, dijo sin mirarle la condesa que le veía en su espejo.

— ¿Yo vuestro enemigo, señora?

— Sin duda. Para mí, el mundo se divide en dos clases de personas: amigos y enemigos. Yo no admito á los indiferentes, ó los coloco en la clase de mis enemigos.

— Y tenéis razón, señora. Pero decidme, ¿cómo, á pesar de mi acendrada adhesión hacia vos, he merecido ser colocado en una de esas dos clases?

— Dejando imprimir, distribuir, vender, presentar al rey un mundo entero de versos, de folletos, de libelos contra mí. ¡Eso es infame, odioso! ¡es estúpido!

— Pero en fin, señora, yo no soy responsable.

— Si lo sois, caballero, puesto que sabéis quién es el miserable que ha hecho todo eso.

— Señora, si fuese uno solo el autor, no habría necesidad de hacerle reventar en la Bastilla, porque reventaría él mismo de fatiga bajo el peso de sus obras.

— ¿Sabéis que es de lo más lisonjero lo que me estáis diciendo?

— Si fuese vuestro enemigo, señora, no os lo diría.

— Vamos, es verdad; no hablemos más de eso. Ahora quedamos amigos; convenido; esto me agrada. Pero con todo, hay aun una cosa que me impacienta.

— ¿Cuál es, señora?

— Que estáis también muy bien con los Choiseul.

— Señora, el señor de Choiseul es primer ministro; da órdenes, y yo debo ejecutarlas.

— ¿Luego si el señor de Choiseul os diese la orden de dejar que me persiguieran, que me atosigaran, que me mataran de pesar, dejaríais obrar á los que me persiguieran, me atosigaran y mataran de pesar? Mil gracias.

— Razonemos, dijo el señor de Sartines, quien tomó la libertad de sentarse sin que se enfadase la favorita, porque se dispensaba todo al hombre que

pasaba en Francia por el más instruido en cuanto pasaba, ¿qué es lo que hice por vos hace tres días?

— Me habéis advertido que salía un correo de Chanteloupe para acelerar la llegada de la Delfina.

— ¿Y quien esos avisos da es un enemigo?

— Pero en ese negocio de la presentación en que, como sabéis, está empeñado todo mi amor propio, ¿cómo os habéis conducido conmigo?

— Lo mejor que he podido.

— Señor de Sartines, no sois franco.

— ¡Señora, me hacéis una injuria! ¿Quién os ha hallado en lo recóndito de una taberna, y en menos de dos horas, al vizconde Juan, de quien teníais necesidad para enviarle no sé á dónde, ó más bien á donde yo sé?

— ¡Bueno, hubiera sido mejor que me dejaseis perder á mi cuñado, dijo madama Dubarry riendo, á un hombre emparentado con la familia real de Francia!

— En fin, señora, todos esos no dejan de ser servicios.

— Sí, de hace ya tres días, de anteayer. ¿Pero ayer habéis hecho algo en mi obsequio?

— ¿Ayer, señora?

— ¡Sí! no os canséis en recapacitar. Ayer era día de ser obsequioso con los demás.

— No os comprendo absolutamente, señora.

— Pero yo me comprendo muy bien: veamos, responded, ¿qué habéis hecho ayer?

— ¿Por la mañana ó por la tarde?

— Primero, por la mañana.

— Señora, por la mañana he trabajado como de costumbre.

— ¿Hasta qué hora?

— Hasta las diez.

— ¿Y después?

— Después envié á convidar á comer á un amigo mío de Lyon que había apostado á venir á Paris sin que yo lo supiese, y al que uno de mis lacayos aguardaba en la barrera.

— ¿Y después de la comida?

— Envié al subdelegado de policía de S. M. el emperador de Austria las señas del paradero de un famoso ladrón á quien él no podía hallar.

— ¿Y estaba?

— En Viena.

— ¡Así, no solamente hacéis la policía de París, sino también la de las cortes extranjeras!

— En mis ratos perdidos, sin duda que sí, señora.

— Bien, tomo nota de eso. ¿Y después de haber despachado el correo, qué habéis hecho?

— He ido á la ópera.

— ¿Á ver á la pequeña Guimard? ¡Pobre Soubise!

— No, señora; á hacer prender á un famoso cortabolsas á quien había yo dejado en paz mientras sólo se dirigía á los asentistas, y que había tenido la audacia de dirigirse á dos ó tres grandes señores.

— Me parece que deberíais decir la torpeza, señor subdelegado. ¿Y después de la ópera?

— ¿Después de la ópera?

— Sí. Muy indiscreto es lo que pregunto, ¿no es verdad?

— No. Después de la ópera... Aguardad que recuerde.

— ¡Hola! parece que ahora os falta la memoria.

— No tal. Después de la ópera... ¡Ah, ya me acuerdo!

— Muy bien.

— Me he apeado, ó más bien he subido á casa de una señora que tiene juego, y á quien yo mismo he conducido á For l'Eveque

— ¿En su coche?

— No, en un fiacre.

— ¿Y después?

— ¿Cómo después? Eso es todo.

— No, eso no es todo.

— He vuelto á subir en el fiacre.

— ¿Y á quién habéis hallado en el fiacre?

El señor de Sartines se ruborizó.

— ¡Ah! exclamó la condesa batiendo sus manecitas. He tenido el honor de hacer sonrojarse al subdelegado de policía.

— ¡Señora! balbuceó el señor de Sartines.

— ¡Y bien! voy á deciros yo quién estaba en el fiacre, repuso la favorita; era la duquesa de Grammont.

— ¡La duquesa de Grammont! exclamó el subdelegado de policía.

— Sí, la duquesa de Grammont! que venía á suplicaros la hicieseis entrar en el aposento del rey.

— En verdad, señora, exclamó el señor de Sartines agitándose en su sillón, os entrego mi diploma, pues no soy yo quien hace la policía, sino vos.

— En efecto, señor de Sartines, yo tengo mi policía, como veis; así vivid alerta. ¡Sí, sí! La duquesa de Grammont en un fiacre á media noche con el subdelegado de policía, y en un fiacre que marchaba al paso! ¿Sabéis lo que hice yo en seguida?

— No, pero tengo un horrible miedo. Afortunadamente que era muy tarde.

— Eso nada hace, la noche es la hora de la venganza.

— ¿Y qué habéis hecho? Veamos.

— Así como tengo mi policía secreta, tengo también mi literatura ordinaria, compuesta de estudiantillos andrajosos, hambrientos como comadreas.

— ¿Conque tan mal los alimentáis?

— No los alimento mal ni bien; si engordasen se

harían unos bestias como el señor de Soubise : la grasa absorbe la hiel, eso es cosa sabida.

— Continúad, me hacéis estremecer.

— He pensado, pues, en todas las maldades que dejáis cometer á los Choiseul contra mí. Eso me ha picado, y he dado á mis Apolos los programas siguientes :

1°. El Sr. de Sartines disfrazado de procurador, y visitando en la calle del Árbol Seco, cuarto piso, á una joven inocente, á quien no se avergüenza de entregar la miserable suma de 300 libras el 30 de cada mes.

— Señora, es una buena acción que queréis empañar.

— Son las únicas que se empañan. 2°. El señor de Sartines disfrazado de reverendo padre misionero, introduciéndose en el convento de las Carmelitas de la calle de San Antonio.

— Señora, llevaba á aquellas buenas monjas noticias de Oriente.

— ¿ Del pequeño ó del grande ? 3°. El señor de Sartines disfrazado de subdelegado de policía, y corriendo las calles á media noche en un fiacre, mano á mano con la duquesa de Grammont.

— ¡ Ah, señora ! dijo asustado el señor de Sartines. ¿ Querriais desacreditar hasta ese punto mi admisión ?

— También vos dejais que desacrediten la mía, dijo riendo la condesa. Pero aguardad.

— Ya aguardo.

— Mis tunantuelos han puesto manos á la obra ; han compuesto, como se compone en el colegio, su narración, versión y amplificación, y esta mañana he recibido un epigrama, una canción y un vaudeville.

— ¡ Dios mío !

— Todos tres atroces. Esta mañana voy á regalarlos

al rey, así como el nuevo *Padre nuestro* que dejáis circular contra mí ; ya sabéis :

« Padre nuestro que estáis en Versalles, deshonorado sea tu nombre como debe serlo, el tu reino está conmovido, no se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Dádnosle hoy el pan nuestro de cada día, que nuestros favoritos nos han quitado ; perdonad á vuestros Parlamentos que sostienen vuestros intereses, así como nosotros perdonamos á vuestros ministros que los han vendido. No os dejéis caer en las tentaciones de la Dubarry, mas libranos de tu diablo de canceller.

» Amén. »

— ¿ En dónde diablos habéis descubierto también eso ? preguntó el señor de Sartines juntando las manos y exhalando un suspiro.

— No tengo necesidad de descubrirlo ; me hacen el obsequio de enviarme todos los días lo mejor que sale á luz de este género, y aun yo os hacía el honor de estos envíos cotidianos.

— ¡ Oh, señora !

— Así, mañana, en cambio recibiréis el epigrama, la canción y el vaudeville en cuestión.

— ¿ Y por qué no en seguida ?

— Porque necesito tiempo para distribuirlos. Además ¿ no acostumbra la policía ser la última en saber lo que pasa ? ¡ Oh ! os han de divertir mucho, á no dudarlo. Á mí me han hecho reír esta mañana tres cuartos de hora. Por lo que toea al rey, está enfermo de una desopilación del bazo, y esa es la causa de su tardanza.

— ¡ Perdido soy ! exclamó el señor de Sartines, llevando ambas manos á su petuca.

— No, no estáis perdido, andáis en canciones, y nada más. ¿ Acaso estoy yo perdida por la Bella Bor-

bonesa ? No. Me irrito, y se acabó, lo cual hace que á mi vez quiera irritar á los demás. ¡ Qué lindos versos ! Me han gustado tanto que mandé dar vino blanco á mis escorpiones literatos, y á estas horas deben estar borrachos perdidos.

- ¡ Ah, condesa, condesa !
- Primero voy á deciros el epigrama.
- ¡ Por piedad !

¿ Está escrito en tu destino,
Misera nación francesa,
Verte siempre sometida
Á los caprichos de una hembra ?

— ¡ Oh, no, me equivoco ! Este es el que habéis dejado circular contra mí. Hay tantos que me confundo. Aguardad, aguardad ; es este :

¿ Conocéis, amigos míos,
La muestra asaz peregrina
Que hace un pintor de San Lucas
Para algunos perfumistas ?.....
En transparente redoma
Y en forma de pildorillas,
Mete los nombres de Boynes,
Maupeou v Tirrev. que liga
Con el famoso Sartines,
Y los rotula en seguida :
« Vinagre de los ladrones
Que roban en compañía. »

- ¡ Ah, cruel ! me convertiréis en un tigre.
- Ahora pasemos á la canción ; la señora de Grammont es la que habla :

Señor subdelegado
De la diestra policía,
¿ No es verdad que tengo el cutis
Más suave que seda fina ?

Hacedme, pues, la merced,
Ya que el oficio os obliga,
De dar á Su Majestad
Esta agradable noticia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1695 MONTERREY, MEXICO

— ¡ Señora, señora ! exclamó fuera de sí el señor de Sartines.

— ¡ Tranquilizaos ! dijo la condesa. Aun no se han tirado más que diez mil ejemplares. Pero lo que hay que oír es el vaudeville.

— ¿ Luego tenéis una prensa ?

— ¡ Linda pregunta ! ¿ no la tiene también el señor de Choiseul ?

— ¡ Cuidado con vuestro impresor !

— ¡ Ah ! sí ; perseguidle ; la patente está expedida en mi nombre.

— ¡ Esto es odioso ! ¿ Y se ríe el rey de todas esas infamias ?

— ¿ Y por qué no ? Él es quien da las rimas cuando mis arañas no las hallan.

— ¡ Oh ! ¿ sabéis que os sirvo y me vendéis de ese modo ?

— Sé que vos me vendéis. La duquesa es Choiseul, y quiere mi ruina.

— Señora, os juro que me ha cogido desprevenido.

— ¿ Luego confesáis ?

— Preciso es.

— ¿ Y por qué no me habéis prevenido ?

— Á eso venía.

— ¡ Bah ! no lo creo.

— ¡ Palabra de honor !

— ¡ Apuesto el doble !

— Vamos, os pido perdón, dijo el subdelegado de policía poniéndose de rodillas.

— Bien hacéis.

- ¡ La paz en nombre del cielo, condesa !
- ¡ Cómo ! ¿ vos que sois un hombre, un ministro, tenéis miedo de unos malos versos ?
- ¡ Ah ! si no tuviese miedo más que de esos versos !
- ¡ Y no reflexionáis los muchos malos ratos que una canción me puede hacer pasar, á mí que soy una mujer ?
- Nos sois una reina.
- Sí, una reina no presentada.
- Señora, os juro que jamás os hice mal.
- No, pero habéis dejado hacérmelo.
- El menos posible.
- Vamos, quiere creerlo.
- Creedlo.
- Ahora se trata de hacer todo lo contrario del mal : trátase de hacer el bien.
- Ayudadme, y seguro es mi éxito.
- ¿ Estáis en mi favor, si ó no ?
- Sí.
- ¿ Vuestra adhesión será tanta que apoyaréis mi presentación ?
- Vos misma seréis quien le fije los límites.
- Reflexionadlo bien. Mi imprenta está pronta ; funciona día y noche, en veinticuatro horas tendrán hambre mis estudiantillos, y cuando tienen hambre muerden.
- Seré prudente. ¿ Qué queréis de mí ?
- Que no se pongan obstáculos á nada de cuanto yo haga.
- ¡ Oh ! por lo que á mí toca, me obligo á ello.
- He ahí una promesa que no me agrada, dijo la condesa dando una patada en el suelo, y que huele á griego ó á cartaginés ; en fin, á la fe púnica.
- ¡ Condesa !....

- Así, no la acepto ; es una evasión. Se creerá que no hacéis nada, y el señor de Choiseul será quien lo haga. Eso no me agrada, ¿ lo oís ? Todo ó nada. Entregadme los Choiseul amarrados, impotentes, arruinados, ó de lo contrario os arruino y aniquilo. ¡ Y cuidado ! os prevengo que no será la canción mi única arma.
- No me amenacéis, señora, dijo el señor de Sartines pensativo, porque esa presentación es más difícil de lo que podéis imaginar.
- Lo ha llegado á ser, porque le han puesto obstáculos
- ¡ Ay !
- ¿ Podéis removerlos ?
- Yo solo no puedo, se necesitan cien personas.
- Las tendremos.
- Un millón.
- Eso corre de cuenta de Terray.
- ¿ Y el consentimiento del rey ?
- Lo tendré.
- No lo dará.
- Lo tomaré.
- Y aun teniendo todo eso, necesitaréis una madrina.
- Se está buscando.
- Es inútil, hay una liga contra vos.
- ¿ En Versalles ?
- Sí, todas las damas se han negado, por hacer la corte al señor de Choiseul, á la señora de Grammont, á la Dellina, en fin, al partido santurrón. ¡ Creedme, os obstináis en vano !
- Primeramente el partido santurrón tendrá que cambiar de nombre si se halla en él madama de Grammont. Eso es ya una derrota.
- ¡ Ah ! para eso habéis enviado á vuestra hermana á Verdún.

- Precisamente. ¡ Ah ! vos sabéis eso ! dijo la condesa descontenta.
- ¡ Diantre ! también yo tengo mi policía, dijo riendo el señor de Sartines.
- ¿ Y vuestros espías ?
- Y mis espías.
- ¿ En mi casa ?
- En vuestra casa.
- ¿ En mis caballerizas ó en mis cocinas ?
- En vuestras antecámaras, en vuestro salón, en vuestro retrete, en vuestra alcoba, debajo de vuestra cama.
- Pues bien, como primera prenda de alianza, dijo la condesa, nombradme esos espías.
- ¡ Oh ! no quiero indisponeros con vuestros amigos, condesa.
- Entonces, la guerra.
- ¡ La guerra ! ¿ Cómo decís eso ?
- Lo digo como lo pienso ; salid de aquí, no quiero veros más.
- ¡ Ah ! esta vez os pongo por testigo. ¿ Puedo revelaros un secreto... de Estado ?
- Un secreto de alcoba.....
- Eso quería decir : el Estado está hoy en la alcoba.
- Quiero conocer á mi espía.
- ¿ Qué queréis hacer de él ?
- Arrojarle de casa.
- Entonces dejad la casa como una patena.
- ¿ Sabéis que es espantoso lo que decís ?
- Y sobre todo cierto. ¡ Dios mío ! Sin eso sería imposible gobernar ; bien lo sabéis vos, que sois una política tan excelente.
- Madama Dubarry apoyó su codo sobre una mesa de laca.

- Tenéis razón, le dijo ; dejemos eso. ¿ Cuáles son las condiciones del tratado ?
- Las que gustéis, puesto que sois la vencedora.
- Soy magnánima como Semíramis. ¿ Qué queréis ?
- Que no habléis jamás al rey de las reclamaciones sobre las harinas, reclamaciones que habéis prometido apoyar, traidora.
- Convenido ; llevaos todos los memoriales que he recibido sobre ese negocio ; están en ese cofre.
- En cambio, recibid este trabajo de los pares del reino sobre la presentación y los taburetes.
- ¿ Trabajo que os habíais encargado de presentar á S. M. ?
- Sin duda.
- ¿ Como si lo hubierais mandado hacer ?
- Sí.
- Bien, pero ¿ qué diréis ?
- Que ya lo entregué. Así ganaremos tiempo, y tenéis una táctica demasiado hábil para no aprovecharlo.
- En este momento se abrieron las dos hojas de la puerta, y entró un ujier anunciando :
- ¡ El rey !
- Los dos anados se apresuraron á ocultar sus respectivas prendas de alianza, y se volvieron para saludar á S. M. Luis XV, de nombre.